

El reto de ser joven a principios del siglo XXI

Jaime Nubiola¹
jnubiola@unav.es

[Texto oral]

La invitación a acudir a Badajoz para la celebración del cuarenta aniversario del Club Juvenil Puentenuevo me retrotrae a mí también cuarenta años atrás. Me trae a la memoria mis 17 años cuando estaba persuadido —y lo sigo pensando ahora— de que los jóvenes podíamos cambiar el mundo. Era el curso 1970-71: hacía el primer año de la carrera de Filosofía en la Universidad de Barcelona, simultaneándola con el estudio de periodismo en la entonces Escuela Oficial. Recuerdo como si fuera ayer que los viernes a las 8 de la tarde los universitarios inquietos nos manifestábamos en la Plaza de Cataluña con el grito —entonces subversivo— de "¡Libertad, libertad!", que era violentamente reprimido por las fuerzas de la policía nacional. Recuerdo también en aquellos años mi descubrimiento de las enseñanzas de San Josemaría, fundador del Opus Dei, que tuvieron un impacto permanente en mi vida: cuántos amigos, cuántas personas queridas, cuántos acontecimientos singulares en los que me sentía participante como protagonista de una nueva etapa de la historia de nuestro país y del mundo entero.

Han pasado muchos años y los jóvenes de ahora no son, sin duda, como los de antes. Quizás en algunas cosas puedan ser peores, pero en muchas otras nos aventajan: saben hablar inglés, dominan las nuevas tecnologías, han viajado mucho, son amables y no desean generar conflictos. Como profesor universitario he podido estar permanentemente en contacto con la gente joven durante todos estos años y los he estudiado de cerca: de hecho casi siempre me parecen más interesantes los jóvenes que los mayores.

En esta noche tan especial querría hablaros de tres cosas a propósito del desafío de ser joven a principios del siglo XXI. Para ello he organizado mi exposición en tres secciones que he titulado respectivamente: 1) Vivir de estreno; 2) Decir la verdad; y 3) Amistad y solidaridad.

1. Vivir de estreno

Hace unos pocos años me tropecé en una enorme librería del centro de Filadelfia con un pasaje de un libro del filósofo John J. McDermott en el que escribía que "la amenaza más peligrosa para la vida humana es la de vivir de segunda mano, la de vivir por cuenta de

¹ Agradezco la invitación de José Luis Hernández Pasquín para impartir esta conferencia y la ayuda de María Rosa Espot, Julia Fernández Tellechea, Ángel López-Amo, José Antonio Palacios, Mabel Prieto y Juan Ruiz de Torres en la revisión del texto. Algunas secciones del texto proceden de artículos compilados en mi libro *Invitación a pensar*, Rialp, Madrid, 2009.

nuestros padres, hijos, parientes, maestros y demás dispensadores de posibilidades ya programadas".

"Debemos estar precavidos acerca de lo heredado, por muy noble que sea su intención —proseguía el filósofo de Texas—, pues es la calidad de nuestra experiencia lo que resulta decisivo. El fracaso, asumido en profundidad, a menudo enriquece; mientras que el éxito alcanzado mecánicamente a través de las vías abiertas por otros a menudo embota la sensibilidad. No estamos arrojados en el mundo como cosas entre cosas. Somos criaturas vivas que comen experiencia".

Esas líneas fueron para mí como una conmoción en el alma. Me pareció que daban en el clavo, en el núcleo del problema que afecta vitalmente a tantas personas de las sociedades supuestamente avanzadas y, sobre todo, a los jóvenes, también aquí en Badajoz. McDermott denunciaba la tentación, tan frecuente en nuestros días, de renunciar a asumir el protagonismo de la propia vida, transfiriendo a los demás las decisiones sobre las pautas de comportamiento. Para muchos de nuestros conciudadanos, —quizás en particular, para los jóvenes— la vida les viene hecha por sus padres, por sus maestros, por "lo que hacen todos" o incluso por los medios de comunicación, que les dictan cómo han de vestir, cómo han de vivir o cómo han de comportarse en todos los órdenes.

Mientras el objetivo oficial de la educación es que los estudiantes lleguen a tener pensamientos propios, de hecho los resultados a este respecto son casi siempre desoladores. Da la impresión de que lo único que realmente les está prohibido a los jóvenes —y a muchísimos adultos— es el lanzarse a pensar, que es en definitiva lo que hace que cada vida sea única. Pensar significa, en primer lugar, empeñarse por dotar de un sentido razonable a la propia vida, por articular unitariamente teoría y práctica, y por ser capaz de expresar esa síntesis dificultosamente alcanzada.

Quienes piensan por su cuenta y riesgo resultan casi siempre incómodos e inquietantes, son vistos como peligrosos por los demás y por las organizaciones que los acogen. En este sentido, llamaba mi atención una entrevista con Gilles Deleuze, filósofo marxista francés fallecido en 1995, en la que decía que "la izquierda necesita que la gente piense". No hablo aquí de política en este horizonte pre-electoral: todos los sectores de la sociedad están muy necesitados de gente que piense. La experiencia de casi todos los países es que aquellos que en un partido o un sindicato se atreven a pensar por su cuenta y a decir lo pensado a los demás, son de ordinario marginados y antes o después expulsados. En estas últimas semanas estamos todos impresionados por el soplo de libertad que recorre los países árabes, promovido por la gente joven y los intelectuales, facilitado enormemente por los nuevos medios de comunicación social, sobre todo la cadena de televisión Al Jazeera y *Facebook*.

Esto es lo primero que quería decir a la gente joven en esta noche: nadie puede pensar por vosotros. Necesitamos que vosotros penséis. Como detectó con extraordinaria lucidez Hannah Arendt, cuando se deja de pensar la vida humana se torna realmente superflua: un hombre es sustituible por cualquier otro; la superficialidad hace iguales e intercambiables a los seres humanos. Sólo cuando nos proponemos de verdad pensar desde nuestra realidad existencial, cada hombre o mujer resulta insustituible porque aporta a los demás lo suyo propio que es precisamente lo que los demás no pueden dar. Cuando se deja de pensar, cuando se elimina la creatividad, aparecen ineludiblemente a medio plazo la mentira sistemática y el imperio brutal de la fuerza, en una palabra, la barbarie.

Para vivir de primera mano, para estrenar cada día nuestra vida, hay que empeñarse en pensar la propia vida, y es preciso también aprender a expresar lo pensado. "Quien no sabe expresarse bien, no puede pensar bien", escribió Uslar Pietri. "La barbarie —añadía Rafael Tomás Caldera— no tiene tan sólo que ver con el uso incorrecto o deficiente de la lengua. Toca al corazón y la sensibilidad de la persona". Esta es la cuestión decisiva: quienes intentan pensar de nuevo ensanchan su sensibilidad, dilatan su corazón, hasta dotar a sus vidas de un horizonte de sentido. Quienes se limitan a repetir lo pensado por otros renuncian a vivir de estreno su vida, renuncian a ser jóvenes; se acomodan a vivir de segunda mano, esto es, se conforman con llevar una vida ya usada.

Para las personas menos jóvenes, para los adultos, —me escribía un compañero de la infancia y juventud— una forma de vivir de estreno sería "estrenar" la vida cada día. El joven está constantemente estrenando cosas (empieza una carrera, un noviazgo, hace sus primeros viajes; en fin, está estrenando muchas ilusiones); sin embargo, el adulto ya está instalado en una realidad rutinaria: vive el cada día mucho más rutinariamente que los jóvenes. Por eso, necesita "meter" en su cada día algo de ilusión, algo de sorpresa, para conseguir que de esa unión entre cotidianidad e innovación surja un mínimo de felicidad y de contento. "En definitiva —concluía mi sabio amigo Ángel López Amo— que cada día al levantarse pueda reestrenar su vida con una cierta ilusión".

2. Decir la verdad

En estas últimas semanas estoy leyendo el fascinante diario del filólogo alemán Victor Klemperer entre 1933 y 1945, *Quiero dar testimonio hasta el final*, que muestra cómo una banda de criminales puede hacerse con el poder en una sociedad avanzada como la Alemania de los años 30 hasta el colmo de toda humana perversión. En mi lectura estoy ya en 1942, cuando la estrella militar de Hitler comienza a declinar en el frente de Rusia y Klemperer va anotando con paciencia de filólogo cómo el lenguaje triunfalista de la prensa alemana deja traslucir para el entendido la inminencia de la derrota. Al leer aquellas anotaciones viene con frecuencia a mi cabeza la expresión —atribuida al senador californiano Hiram W. Johnson en 1918— "En la guerra la primera baja es la verdad".

Tengo para mí que, en este sentido, el espacio público de nuestra sociedad y muchos de sus espacios privados parecen estar en pie de guerra porque nadie o casi nadie se atreve a decir la verdad: unos por interés, otros por no quedar mal, por ahorrarse un disgusto o por lo que sea. Decir la verdad parece cosa de mal gusto. La verdad atraviesa horas bajas. Estoy seguro de que tanto en Puente Nuevo como en vuestras casas habéis enseñado a los niños a decir siempre la verdad. Vale la pena reiterarlo en una noche como hoy: es importantísimo para jóvenes y mayores decir siempre la verdad. Los seres humanos anhelamos la verdad, *vivimos* de la verdad. A veces se dice que lo malo no es mentir, sino vivir en la mentira, pero no es así. Lo malo es mentir porque en la mentira no se puede vivir. La mentira es el principio de la corrupción.

"La mentira no es medio para la verdad" ha escrito Gabriel Zanotti. La subordinación de la verdad a los intereses políticos produce un daño social de efectos incalculables, porque el imperio de la mentira corrompe todo lo que toca. Lo mismo pasa en la vida personal de cada uno. El reconocido periodista Jean-François Revel anotaba en su *Diario de fin de siglo* una lúcida conclusión a este respecto: "Todavía tenemos demasiado arraigadas, pese a la

victoria de la democracia, las deformaciones intelectuales del totalitarismo. La democracia no habrá ganado del todo mientras mentir siga pareciendo un comportamiento natural, tanto en el ámbito de la política como en el del pensamiento". Nos encontramos en una sociedad que se considera avanzada científica y socialmente, pero en la que, sorprendentemente, la verdad tiene poco valor. Se considera del todo aceptable que un político mienta de modo descarado, simplemente porque —suele decirse como justificación— "todos lo hacen".

Sin embargo, la norma primera para quienes aspiramos a una convivencia humana realmente democrática es la de decir siempre la verdad, sabiendo que ese principio no equivale a decir toda la verdad o todas las verdades en todo momento —lo que sería agotador—, ni tampoco equivale a tener que decírsela constantemente a todo el mundo —lo que resultaría insoportable—, pero sí que se identifica con una honda aspiración a que la veracidad y la transparencia presidan siempre nuestras relaciones y la organización de la sociedad. Una manera más clara y pragmática de este principio se encuentra quizás en su formulación negativa: nunca podemos mentir, nunca podemos hacer promesas que sepamos que no vamos a cumplir, nunca podemos sembrar intencionadamente interpretaciones erróneas. Cuando no pueda decirse la verdad o toda la verdad, porque ésta resulte contraproducente o inoportuna, porque no puedan entendernos o no quieran escucharnos, *si no se daña a nadie*, me parece que es mejor optar discretamente por el silencio. Contra el refrán popular, quien calla nunca otorga: el que guarda silencio simplemente espera el tiempo oportuno. Por supuesto, si el silencio causara daño a otros hay que decir valientemente la verdad: no se puede favorecer la injusticia por conveniencia, timidez o indiferencia.

La pretensión de que no sólo la veracidad, sino incluso la transparencia, presidan las relaciones humanas y la organización de la sociedad es vista con recelo por muchas personas, quizá la mayoría, y suelen descalificarla como algo empobrecedor o, en todo caso, como un ideal adecuado para la Madre Teresa de Calcuta, pero no para quienes vivimos en una sociedad tan compleja como la nuestra de principios del siglo XXI. Comprendo esa posición y las muchas razones "prácticas" que la avalan, pero para una vida cumplidamente humana el ideal de la transparencia resulta realmente mucho más enriquecedor. Ya Séneca en el siglo I recomendaba ese estilo de vida: "Considérate feliz cuando puedas vivir a la vista de todos".

3. Amistad y solidaridad

Muchos de nuestros jóvenes, aunque hayan cumplido ya los veinte años, se encuentran en una situación de adolescencia prolongada: no quieren luchar por hacer un mundo mejor, les basta con un mundo más fácil. "Los padres querían cambiar el mundo; los hijos, como han visto que no se puede cambiar y encima no encuentran trabajo, se conforman con bebérselo metido en un botellón", leía a un periodista. Realmente impresiona acercarse una noche de viernes o sábado a un macrobotellón o a un botellón ordinario. Cuando yo era joven emborracharse era algo que ocurría accidentalmente por la mezcla de bebidas o por lo que fuera, pero nunca era algo que se buscara deliberadamente. Ahora los chicos y chicas de catorce años en adelante salen *para* emborracharse con sus amigos y en una elevada proporción para consumir la droga que han "pillado" —dicen en su jerga juvenil— en los días precedentes. Viven toda la semana preparando la salida del fin de semana: con quién van a salir, dónde van a ir y qué van a consumir.

¿Por qué esto es así? Las conductas humanas son complejas, sujetas a modas y fluctuaciones, y de ordinario no tienen explicaciones simples, pero me parece a mí que lo que

más aflige a buena parte de nuestra juventud es una dolorosa sensación de soledad que pretenden anestesiar con el alcohol en compañía. Muchos jóvenes carecen de ilusiones, proyectos e iniciativas: su única alternativa es *salir*. Por eso, me gusta hablar a la gente joven de amistad y de solidaridad, pues son realidades que ellos anhelan mucho más profundamente que el beber.

Imagino que todos vosotros habéis tenido ocasión de leer despacio la encíclica *Dios es amor*, tan rica de contenidos. Al recordar Benedicto XVI que el amor es el centro de la vida cristiana, recuerda también que el amor de amistad (*philia*) que aparece en el Evangelio de San Juan expresa la relación entre Jesús y sus discípulos: "Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 12). Frente a la cultura dominante del egoísmo y la superficialidad, de la búsqueda de la comodidad o del propio interés, quien pone la amistad entre las cosas más importantes de su vida ensancha de forma maravillosa su existencia al fundir su biografía con la de aquellas personas a quienes quiere.

Aristóteles consideró que la amistad estaba entre "lo más necesario para la vida". Muchos estamos persuadidos de que la amistad va a ser uno de los grandes valores del siglo XXI. Tener amigos, buenos amigos, ensancha nuestras vidas, nos hace mejores. Como escribía Ana María Romero, "la amistad es un regalo porque es vivir otra vida además de la propia. Es vivir dos veces". Quien tiene muchos amigos vive mucho más, sobre todo, porque quiere más. Me parece que el problema más acuciante hoy en día en nuestra sociedad es la fragilidad del amor, la falta de relaciones de amistad. En un pasaje de esa encíclica el Papa añadía que "el amor crece a través del amor". La amistad crece a través de la amistad, podemos parafrasear ahora nosotros. No tengáis miedo a abriros a los demás, pues la amistad es un tesoro que crece al compartirlo.

Como escribió Aristóteles, "sin amigos nadie querría vivir aun cuando poseyera todos los demás bienes". Esto debería ser así de claro para todos; sin embargo, en la cultura dominante el amor verdadero y la amistad sólida son más bien infrecuentes. Nuestros jóvenes quizás incluso los rehúyen por el compromiso que tantas veces implican. Los vínculos afectivos fuertes son ataduras que nos hacen dependientes de los demás y, por tanto, que nos hacen más vulnerables. El sufrimiento de quienes queremos nos hace sufrir a nosotros también.

Por eso, en mi tercera consideración de esta noche querría añadir a la amistad la solidaridad. Como anotó Antoine de Saint-Exupéry: "Amar no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en una misma dirección". Los años jóvenes son el momento adecuado para adentrarse en compañía de los amigos en obras de solidaridad en favor de los más necesitados. Hace ya muchos años, en 1967, en una entrevista que hicieron a San Josemaría describía la Universidad de Navarra como "casa común, lugar de estudio y de amistad", en la que los estudiantes debían prepararse para dar solución a los problemas acuciantes de la sociedad mediante su trabajo profesional llevado a cabo con una mentalidad de servicio. Sin duda, algo análogo podría decir San Josemaría del Club Juvenil Puentenuevo. Quienes participáis de sus actividades os estáis preparando muy bien para el día de mañana, procurando en el trabajo de cada día descubrir la manera inteligente de ayudar efectivamente a los demás.

Estos son los tres retos que en esta noche del cuarenta aniversario de Puentenuevo quería formular a todos, jóvenes y menos jóvenes, para cambiar el mundo: lo primero, vivir de estreno, lanzarnos a pensar por nuestra cuenta y riesgo; lo segundo, decir siempre la

verdad, de manera amable, pero sin mentir nunca; lo tercero, cultivar la amistad afectuosa y volcarse generosamente en solidaridad con los demás. Mediante la respuesta personal a estos tres retos puede llegar a configurarse un estilo humano de vida verdaderamente fascinante: puede nuestra vida llegar a convertirse realmente en una novela de aventuras y de amor. Para mí, cuarenta años después, pienso todos los días que ha valido la pena y, por eso, sigo empeñado en cambiar el mundo a base de cabeza y de cariño, invitando a otros —como he hecho esta noche con vosotros— a intentar también transformar el mundo, procurando cambiar en primer lugar uno mismo.

Debo terminar mi intervención y quiero hacerlo con dos palabras que —como apunta el poeta Octavio Paz— tienen equivalente en todas las lenguas del mundo. Estas dos palabras son: "Muchas gracias".